

Eduardo
del Campo

Capital
Sur

FRAGMENTO



Paréntesis

Colección Umbral

OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

• COLECCIÓN DE FACTO

Javier Villanueva. La verdadera historia, INMA PORTALO Y JAVIER VILLANUEVA

Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad, JESÚS COTTA
Hay chicos malos. El caso de Marta del Castillo, ALFONSO EGEA
39 cafés y un desayuno, LIDIA HERBADA

La última gota. La Novela del caso Malaya,
HÉCTOR BARBOTTÀ Y JUAN CANO

Beneméritas Anécdotas, GERMAN VAQUERO

Sevilla, sin mapa, FERNANDO IWASAKI

Sevilla, un retrato literario, EVA DÍAZ PÉREZ

La economía fingida, JOSÉ MANUEL CANSINO

• COLECCIÓN ORFEO

Cuchulain de Muirthemonne, LADY GREGORY

La sangre y el eco, JULIO MANUEL DE LA ROSA

Todas las mujeres, JOSE MARÍA CONGET

Los consulados del Más Allá, AQUILINO DUQUE

La fiebre de Siam, EDUARDO JORDÁ

Las historias gallegas, ÁLVARO CUNQUEIRO

La catedral, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Cuentos, LEOPOLDO LUGONES

Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita

Cincodedos, JULIO MANUEL DE LA ROSA

El misterio del mundo. Antología, FERNANDO PESSOA

Misión en Bucarest y otras narraciones, AGUSTÍN DE FOXÁ

El Domador, RAFAEL PÉREZ ESTRADA
Los agujeros negros, AQUILINO DUQUE
El aprendiz de emigrante, ROBERT LOUIS STEVENSON
Cartas de Nueva York, JOSÉ MARTÍ
Percusión, JOSÉ BALZA
La transformación, FRANZ KAFKA
El salvaje de Borneo, ALFREDO TAJÁN
Las penas del joven Werther, JOHANN WOLFGANG VON GOETHE
Ardeviejas, CARLOS JURADO CABALLERO
La ninfa y otros relatos, RUBÉN DARÍO
El último Abencerraje/ Atala/ René, FRANÇOIS-RENÉ DE CHATEAUBRIAND
Madame de Treymes y otros relatos, EDITH WHARTON
Cuentos de la Alhambra, WASHINGTON IRVING
La tristeza y otros cuentos, ANTÓN CHÉJOV
Historia de mi vida, ANTÓN CHÉJOV
Cuentos morales, LEOPOLDO ALAS CLARÍN
Salambó, GUSTAVE FLAUBERT
Victoria, JOSEPH CONRAD
Valentín, JUAN GIL-ALBERT
La educación sentimental, GUSTAVE FLAUBERT
Cuentos morales, LEOPOLDO ALAS «CLARÍN»
Lord Jim, JOSEPH CONRAD
Cuentos mortuorios, HORACIO QUIROGA
El Gran Gatsby, FRANCIS SCOTT FITZGERALD
Aventuras de Pickwick Vol. I, CHARLES DICKENS
Aventuras de Pickwick Vol. II, CHARLES DICKENS
El buen soldado, FORD MADOX FORD

La tierra de todos, VICENTE BLASCO IBÁÑEZ
Las aventuras de Huckleberry Finn, MARK TWAIN
Lobos de mar y otros cuentos, VICENTE BLASCO IBÁÑEZ
A este lado del paraíso, FRANCIS SCOTT FITZGERALD

• **COLECCIÓN UMBRAL**

Vacaciones de invierno, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA
Plaza del Cabildo, EMILIO DURÁN
El centro de la Tierra, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ
El viento y la arena, ANTONIO REYES MATEO
Hildur, TONI MONTESINOS
Doménica, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO
La maldición del cronista, MARC GUAL
Sueños de libertad, CARLOS ALGORA
Horas para Wallada, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ
El año de Malandar, JUAN VILLA
La carpa de oro, CHARO PRADOS
El hombre encuadrado, BRUNO MESA
Mi vida sin Eva Gundersen, MANUEL J. RAMOS ORTEGA
El libro del sabor nuevo, ELENA RODRÍGUEZ
Pequeñas palabras, SALVADOR ROBLES
Campo de minas, CÉSAR ROMERO
Tierra raya, ANTÓNIO TRINIDAD
Cambio de sentido, MAR GÓMEZ GLEZ
Dieste, MARIO GÓMEZ LÓPEZ
Andábata, OLGA BERNAD
La línea de asfalto, MANUEL G. SÁNCHEZ-CAMPILLO
Premonición, PEPE CERVERA
Los diarios de Regent Street, ANDRÉS GONZÁLEZ-BARBA

Macedonia de rutas, ANTONIO RIVERO TARAVILLO
Diccionario de Símbolos, JESÚS AGUADO
Campo de gules, EMILIO DURÁN
Carne de gato, MIGUEL ÁNGEL GARCÍA ARGÜEZ
La mirada del bosque, CHESÚS YUSTE
Cámara oscura, PILAR VERA
Bitácora de Poseidón, HERMINA LUQUE ORTIZ
Vida nueva, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA
Dame tus manos, MANUEL LACARTA
Bancos de niebla, JUAN CARLOS PALMA
La vida simple, PASCUAL GARRIDO
Contra el cielo, SALVADOR ROBLES
Zoom, MANUEL ESPADA
Los fantasmas del retiro, JOSÉ VICENTE PASCUAL
Una pared desnuda, una ventana JUAN ANTONIO MAESSO
Ven despacio, Paraíso, FRANCISCO NÚÑEZ ROLDÁN
Asesinato en primavera, ALFREDO JIMÉNEZ NÚÑEZ
La dama de los cuadernos, RAÚL CREMADES
El niño de Samarcanda, RAFAEL MARÍN
El susurro de los arbustos, CÉSAR ROMERO
Los meteoros, MANUEL JURADO LÓPEZ
Aracne, JOSÉ ANTONIO MORENO JURADO
Sin noticias de Acuario, REYES GARCÍA-DONCEL
La luz sepultada, IRENE VALLEJO MOREU
Ladridos al amanecer, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO
Los pequeños placeres, MIGUEL SANFELIU



Eduardo del Campo Cortés (Madrid, 1972) es licenciado en Ciencias de la Información y en Filología Hispánica por la Universidad de Sevilla, y ha realizado estudios sobre Literatura en la Università Federico II de Nápoles y, de doctorado, en el Graduate Center de la City University of New York.

Ha publicado el libro de viajes *De Estambul a El Cairo* (Almuzara/Fundación Tres Culturas, Córdoba, 2009), el volumen de reportajes y ensayo *Odiseas. Al otro lado de la frontera: historias de la inmigración en España* (Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2007) y el poemario *Pan Americano* (Monosabio, Málaga, 1999).

Desde 2001 trabaja como reportero de *El Mundo* en Andalucía, tras pasar por *Diario de Sevilla*, *El País* y *Diario 16*. Sus reportajes lo han llevado tanto a explorar a fondo la realidad social de Andalucía y Sevilla como a viajar a países y territorios de todo el mundo, de Afganistán a Ruanda o de Libia al Tíbet.

Además, colabora con la revista digital *fronterad.com*.

Comenzó a escribir la novela *Capital Sure* en 1998 en Nueva York, mientras trabajaba enseñando español y redacción periodística a universitarios del Lehman College, en el Bronx.

edelcampo@hotmail.com

MEDIADOS DE LOS AÑOS 90

No sé por qué me pareció que viajar a Sevilla es como hacerlo a Marruecos, como si estuviera separada del centro de Europa por una distancia abismal, pero he comprobado en la tabla de distancias de la guía de viajes que entre Madrid y esta ciudad del sur de España se extienden solo 540 kilómetros de asfalto. En Madrid he tomado un avión de Iberia al rato de llegar de Nueva York. Tierra amarilla y varios tonos de ocre, quebradizos y secos, son lo más significativo del paisaje. No hay nubes en el trayecto, solo un sol impresionante que quema el horizonte y me ciega. Siguiendo el mapa del libro, calculo que Andalucía empieza detrás de esa cadena de suaves montañas que llaman la Sierra Morena. La guía dice que por ahí abajo en el valle del río Guadalquivir hay un pueblo tan caluroso que en verano pueden freírse los huevos bajo el sol. Página 134, Écija. Pero estamos en primavera y aún brilla el verde de los trigales. A medida que el avión desciende de altitud observo plantaciones de frutales, mansiones solitarias, pueblos blancos y apretados. Hasta las mansiones llegan caminos de tierra amarilla entre filas de palmeras. Están rodeadas de hileras de árboles raquílicos, reducidos a puro tronco gris: quizás sean olivos. Los trozos de campo (veo pistas, chalés muy feos de ladrillo sin pintar, lomas de color pardo, piscinas llenas de agua verde, muros, alambradas, cobertizos de chapa metálica, una manada de vacas, burros y

caballos sueltos con la cabeza agachada, pastando) se mezclan con barrios de casas en cuyos tejados ondea la ropa tendida, y pronto se convierten en vertederos, en tierra de nadie, y enseguida se disuelven en los bloques marrones e impersonales del extrarradio, que dan sombra a destalados núcleos de chabolas, y a mujeres y niños que pululan entre vertederos y chatarra de coches.

Marcando una pronunciada curva que me inclina cenital sobre la tierra, el avión sobrevuela durante unos segundos el centro de la ciudad, un laberinto de calles cuyo trazado distingo por las líneas oscuras que separan los tejados, relucientes con el sol. Aproximación, descenso, aterrizaje. Bosquecillos de eucaliptos. Cielo prodigiosamente azul, cruzado por nubes esporádicas y el surco blanco de otros aviones. Prisas de la gente por salir. Espero. Aeropuerto luminoso y de grandes espacios. Al examinar mi pasaporte, el policía me dice que están viniendo muchos americanos a Sevilla, y que dentro de unas semanas no habrá una sola cama libre en toda la ciudad. Le aclaro que no vengo de turismo. Pese a que aún estamos en marzo, hace calor y empiezo a sudar bajo el abrigo. El taxista, de unos cincuenta años, serio, calvo y bajito, responde a los rasgos del típico hombre correoso del Sur mediterráneo. Al oír las señas, me dice que el hotel Alfonso XIII es el mejor, y me glosa su pasado esplendoroso: que lo construyeron para la Exposición Iberoamericana de 1929, en tiempos de la dictadura de un general llamado Primo de Rivera, y que desde entonces sus suites han alojado a reyes, príncipes, infantes, toreros, millonarios saudíes y actores de Hollywood, esos desgraciados. Un viento aromático se cuela por la ventanilla, embriagador. Esto me empieza a gustar. El taxista se llama Luis. Mientras hablo con él voy reparando de reojo en el paisaje. Una autopista, tráfico intenso, anuncios colosales (la cara de una bella morena

anunciando coñac cuelga a jirones, desgarrada del telón, sobre el escote de su pecho), palmeras, árboles escuálidos de flor amarilla, naves industriales, concesionarios de coches, fábricas oxidadas, edificios grises, rotondas, grúas, solares, carteles inmobiliarios, esqueletos de apartamentos en construcción.

Paramos en un semáforo donde un joven que parece gitano vende a voces cartones de Marlboro. El taxista lo llama y él se acerca. La transacción es rápida. El semáforo se pone en verde, el vehículo de atrás aprieta el claxon, una, dos veces, luego en un mugido sostenido con furia. El taxista entrega tres monedas doradas, que valen 100 pesetas, y el vendedor le da la vuelta y retorna a su atalaya, dedicando una imprecación al impaciente conductor. Las motos abundan como una plaga de mosquitos tropicales. A lomos de una que es apenas una bicicleta con motor, marca Vespino, una familia completa logra un precario y circense equilibrio. El padre sujetá entre el manillar y su pecho a un crío de tres o cuatro años, mientras la madre, detrás, sostiene en brazos a un bebé envuelto en una manta de cuadros. Pregunto a Luis si su familia es numerosa. «No me puedo quejar». El taxi no es suyo: trabaja para el dueño diez o doce horas al día, cobrando un porcentaje. Llegan a fin de mes con la droguería de su mujer, vendiendo champús, perfumes y papel del váter a los otros obreros del barrio. Tienen cinco hijos, dos chicos y tres chicas, todos por debajo de los 25 años. Quién los tuviera, suspiro. Van a la universidad, al instituto, trabajan en lo que va saliendo. Luis me llama la atención para que admire el edificio de la universidad, un monumento del siglo XVIII donde la Carmen de Bizet liaba puros cuando las aulas de Derecho eran todavía las estancias de la famosa fábrica de Tabacos. Un poco más allá, tuerce a la izquierda y me deja a las puertas del esplendoroso hotel

de estilo neomudéjar que emerge en el centro de un oasis de palmeras, jazmines y floreros. Luis saca las maletas y se despide con un apretón de manos. Sus dedos son cortos, ásperos y gruesos. Con el motor en marcha, mientras el botones recoge mi equipaje, me cuenta desde la ventanilla que David Lean convirtió este hotel en el cuartel general en Damasco de Lawrence de Arabia. Alabo lo mucho que sabe y me despido.

—Qué va hombre, si yo no sé nada.

—Mira, la gente que viene aquí tiene quien más quien menos una licenciatura, el COU o por lo menos el bachillerato terminado, es que las empresas vienen pidiendo ya eso como mínimo, tú sabes, una preparación, porque hoy en día es que si no estás preparado no haces nada, y encima con la competencia que hay no te basta con el título y un magnífico expediente, no es solo eso lo que un Astilleros un Continente o un Corte Inglés vienen pidiendo, se hace imprescindible hablar fluidamente uno o varios idiomas además del español, preferentemente el inglés, que es que hoy en día sin inglés no se puede andar por el mundo y menos aún en un mercado laboral que dentro de nada, pero es que a la vuelta de la esquina, va a ser por completo global, y mira si no lo del euro, que lo mismo estás hoy en Madrid Barcelona o Sevilla y mañana la empresa te llama y tú tienes que estar disponible para hacer las maletas e incorporarte pasado en Bruselas Londres Múnich o vaya usted a saber, eso es un sacrificio que hay que asumir porque hoy por hoy, y tú lo sabes de sobra, no hay trabajo fijo y estable, que eso pasó a la historia hace rato y la movilidad es una exigencia prioritaria, y si encima hablas francés o alemán, pues mejor que mejor, y si además puedes darte el pegote de que te defiendes en danés italiano

portugués, o alguna lengua exótica como qué te digo yo, el árabe el ruso el japonés el serbocroata, pues eso, un punto a tu favor para redondear el currículum y marcar la diferencia respecto a otros candidatos que dominen al dedillo la lengua anglosajona porque se han hecho un máster en Atlanta pero que no tienen ni idea de cómo se dice buenos días en checo, que es donde quiere abrir una sucursal Zara o Telepizza y donde hace falta un tío con un perfil muy definido de director de ventas, menor de treinta y dos años, con cinco de experiencia en el sector y dominio, atención, y esto es lo importante, del inglés y/o, preferentemente, del checo, así que te digo que si los candidatos están a ese nivel de requisitos imagínate a qué va a poder aspirar alguien sin el graduado escolar, vamos que es que si no has hecho hasta octavo como mínimo mínimo supermínimo mejor no vengas a entregar el currículum y quédate en tu pueblo recogiendo aceitunas asfaltando las calles paseando las cabras plantando patatas sirviendo cafés matando cochinos y te ahorras la mañana de papeles y el billete de autobús, porque es ya para puestos de mecánico ayudante electricista cajera de supermercado y se presenta gente que está estudiando el doctorado súper pero es que superpreparada, ¿te das cuen?, resumiendo, me traes fotocopia del título último que tengas, certificados de los idiomas que dominas, una foto reciente en color tamaño carné, no vale fotocopia, y en este currículum formalizado me señalias destacadas en inverso orden cronológico, de más reciente a más antigua, las ocupaciones de tu experiencia laboral, indicando entre paréntesis las fechas, la empresa y el nombre y teléfono de las posibles referencias, ya sabes, los jefes y encargados que has tenido, eso es primordial porque siempre llamamos para confirmar las recomendaciones que los candidatos nos presentan, y nada más, una vez que lo hayas llenado te pasas otra vez por aquí y me

lo entregas a mí o a mi compañera de oficina, te hacemos un examen psicotécnico tipo test para que conste en tu expediente y luego a esperar a que surja un puesto que se ajuste a tu perfil y te llamemos para que hagas la entrevista, verás cómo sale algo, sobre todo para gente joven de tu edad con buena presencia y salud siempre salen cosas para las rebajas promociones Navidad, y más aún ahora que van a abrir un Toysarás un Continente dos Mangos tres nuevos centros comerciales en el Aljarafe, Nervión y Dos Hermanas que van a necesitar un montón de gente joven con ganas de partirse la espalda trabajando, así que cambia la cara, anímate y ve ya preparando el currículum, que verás cómo, sea lo que sea, algo te sale. Fijo.

Tina lo esperaba tomando el sol en un banco del patio de la facultad de Bellas Artes. Con las piernas cruzadas, los ojos cerrados a la luz y la sonrisa dibujada en su rostro apacible, parecía una estatua clásica de carne al lado de las copias de Apolos y Afroditas que prolongaban su presencia en la galería de esculturas. Diego la clasificó dentro de la rama griega y mediterránea de la belleza: una exenta figura hiperrealista sin un duro en el bolsillo y la tez morena que él atribuía al mestizaje de géneros y genes de la modernidad. Aquellas estatuas de Roma y Atenas se habían eternizado en la memoria colectiva, y miraban sin principio ni fin hacia un horizonte secreto que los alumnos y profesores que las tomaban por modelo no alcanzaban a ver. Ella, en cambio, sí parecía observar lo que veían las estatuas, y compartir con ellas un tiempo inmutable, un paisaje sereno de mares y dunas, un amor ajeno a la erosión. Diego se sentó en el banco contiguo, amortiguando con cuidado el crujido de las tablas para que no se diera cuenta de su llegada, y se fijó en ella más

de cerca, queriendo entrar en su universo. El vello que brillaba en sus mejillas como filamentos de algodón parecía más la expresión de su espíritu, ardiendo en su interior como un astro íntimo y autónomo, que el reflejo del sol del mediodía que iluminaba el cielo a 150 millones de kilómetros.

—Hola, Tina.

Ella abrió los ojos y se cubrió la frente con la mano para protegerse de la luz y mirarlo a la cara. Él se acercó y besó su boca cálida y suave.

—Sabía que estabas al lado —rió ella—. Me he quedado callada para ver qué hacías. Ay, qué ganas tenía de estar contigo, mi vida —susurró. Diego rodeó su cuerpo con los brazos y la atrajo hacia sí. Tina retiró la cabeza—. Espera, torito, déjame que te vea —le sujetaba las mejillas con las manos, escrutándole los ojos—. Te ha salido un orzuelo. ¿Te duele?

—Me escuece un poco. Quita, quita, no es nada —Diego protestaba mientras pujaba por liberarse, pero ella seguía sujetándolo.

—Seguro que te has restregado con las manos sucias.

—Que no es nada —Diego sacudió la cabeza y agarró con sus manos las de ella—. Venga, dame un beso.

—Como no te lo cures se te va a poner como un huevo. ¿Y cómo vas a escribir si no ves? —razonó Tina apresuradamente, escapando a los embates de Diego, que quería besarla. Hizo un último esfuerzo para concluir su argumento—: Y si no puedes ir al periódico a escribir tus reportajes, ¿de qué vas a vivir?

Diego se quedó quieto, y ella retiró las manos de su cara y se las pasó por detrás de la cintura. Se abrazaron con fuerza, como si hubiesen desatado un lazo que los estuviera reteniendo.

—¿Qué has hecho esta mañana?

—He ido a la nueva agencia de empleo temporal de la plaza San Francisco a entregar el currículum, y luego a clase, y después me he sentado aquí a esperarte. ¿Por qué estás tan serio?

—Ahora teuento mientras vamos a casa.

[IR A LA FICHA DEL LIBRO](#)

Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin permiso previo por escrito de los titulares del copyright.